

LA VELA



Tejido humano de la economía azul

Sección: [Deportes de mar](#)

Número de revista: [#17](#)

VERANO 2026

TEXT: Santi Serrat. Divulgador científico y de economía azul. Autor especializado en vela, agua y sostenibilidad. Es cofundador de Latitud 42 y del proyecto We Learn Blue

FOTO: Tratamiento digital de una foto de Volivaud – A. Acourcoux – A. Pilpre. © C. Barredo

La vela es una forma profunda de relacionarnos con el mar. Cultura, tecnología, aventura, ciencia y educación se entrelazan en un ecosistema que sostiene la maritimidad y se convierte en un activo económico hacia la sostenibilidad. Son claves que permiten comprender por qué la vela ocupa hoy un sitio central en la innovación marítima, en la ciencia oceánica y en la construcción de una economía azul que mira hacia el futuro.

La gente de mar lo sabe, y lo vive desde siempre: navegar a vela obliga a desplegar habilidades y a adquirir conocimientos que rara vez se dan en las actividades de tierra firme. Exige interpretar el viento, leer el mar, anticipar cambios, tomar decisiones rápidas y asumir responsabilidades. Es una escuela de vida que combina técnica, intuición, cultura marítima y una íntima relación con el entorno. Por eso, desde hace siglos, la vela ha sido una de las expresiones más profundas de la relación humana con el mar.

Como toda actividad humana, la navegación a vela forma parte de la economía en su sentido más amplio: la ciencia que estudia cómo las sociedades crean valor, gestionan recursos y proyectan futuro. En la última

década ha emergido con fuerza un concepto que ha ampliado esa mirada, la economía azul.

Una economía clave para el planeta

No es una simple derivación marítima de la economía verde, aunque comparte con esta la visión de un desarrollo sostenible. La economía azul surge de la convergencia entre la ciencia marina, las políticas públicas y la innovación industrial, y se ha consolidado como una de las claves para proteger y gestionar los mares y zonas costeras. La Comisión Europea la ha situado en el centro de su agenda y los gobiernos costeros la incorporan en sus planes estratégicos.

Hoy se entiende como un ecosistema interconectado que articula al menos ocho dimensiones que se retroalimentan: puertos, pesca, energías renovables marinas, oceanografía, climatología, turismo náutico, industria naval y biotecnología oceánica.

Su importancia es global. Los océanos producen más del 50 % del oxígeno del planeta, absorben cerca de una cuarta parte del CO₂ que emitimos y regulan el clima a escala mundial. Son la principal fuente de proteínas para más de 3.000 millones de personas, albergan la mayor reserva de biodiversidad del planeta y concentran recursos energéticos, biotecnológicos y minerales esenciales para la transición ecológica.

En este sentido, la economía azul no es solo un marco de desarrollo. Según las Naciones Unidas, sostiene alrededor de 600 millones de personas y genera 100 millones de empleos directos, principalmente en pesca, acuicultura y turismo costero. Si se incluyen los sectores marítimos formales —transporte, energía marina, turismo, pesca industrial— la cifra asciende a 133 millones de puestos de trabajo y podría crecer hasta los 184 millones en 2050 con una transición sostenible adecuada. El valor de los activos oceánicos supera los 2,5 billones de dólares, lo que convierte a la economía azul en la séptima economía del mundo en términos de PIB. Se trata de una infraestructura planetaria que condiciona directamente el futuro del mundo.

La vela, un sector estratégico

La vela —entendida en su acepción amplia, deportiva y de ocio— forma un sustrato de buena parte de la economía azul. Es un sector estratégico y transversal: su práctica implica estrechas relaciones entre deportistas, organizadores de regatas, diseñadores, constructores y técnicos que se entrelazan en un contexto que refuerza la cultura marítima, el respeto medioambiental, el conocimiento científico y los valores humanos y humanitarios.

Los organizadores de regatas, patrocinadores, equipos técnicos y navegantes han asumido desde siempre estos valores y los han hecho evolucionar, lo que ha logrado demostrar cómo el capital natural del mar puede transformarse en bienestar, conocimiento y valor económico para la sociedad.

La vela, como un deporte de tecnología ancestral reinterpretado en clave contemporánea, fomenta un vínculo emocional y cultural con el mar. La maritimidad —el conjunto de saberes, oficios, prácticas y vínculos que conectan una comunidad con el medio marítimo— es, en sí misma, una infraestructura cultural. Y la vela es uno de sus vehículos más eficaces: enseña a leer el entorno, exige cooperación, premia la resiliencia, obliga a respetar las leyes físicas y meteorológicas y educa la mirada hacia el largo plazo.

El conocimiento de los materiales y la capacidad de transformar esa comprensión en control y maniobra ofrecen una perspectiva directa sobre los procesos industriales. En un contexto de emergencia climática, todos estos atributos contribuyen a formar comunidades más sensibles, preparadas y operativas para su adaptación.

La escala europea de este gran potencial es significativa: cerca de 48 millones de ciudadanos participan regularmente en actividades náuticas recreativas, de los que 36 millones son navegantes. En aguas europeas se mantienen seis millones de embarcaciones y operan más de 10.000 puertos deportivos, que ofrecen más de un millón de amarres. La infraestructura cotidiana de la economía azul en Europa explica la amplitud real del sector.



Salida de la primera edición de la Barcelona World Race el 17 de noviembre de 2007. © Jean-Marie Liot



El Moll de la Fusta de Barcelona, los días previos a la salida de la Barcelona World Race. © Cris Barredo / WeLearnBlue



El Optimist Trophy en Palamós demuestra cada año el enorme potencial de la vela entre los más jóvenes y el impacto dinamizador, económico y cultural, a escala local. © Alfred Farré

Innovación marítima de alta precisión

La vela de competición es un laboratorio de constante innovación. Hidrodinámica, aerodinámica, materiales avanzados, electrónica, meteorología, modelización, simulación y sistemas de comunicación forman parte del día a día de cualquier proyecto de alto nivel. La diversidad de modalidades —desde las regatas *inshore* hasta las travesías oceánicas— genera un abanico de tecnologías y procesos que activa un amplio tejido industrial. Astilleros, empresas de *composites*, fabricantes de electrónica, proveedores de telecomunicaciones, equipos de energía y centros de investigación forman una cadena de valor que sitúa la vela en el centro de la innovación marítima contemporánea.

Los circuitos de vela extrema lo muestran claramente. La 37.^a Copa América de Barcelona de 2024 generó 1.034 millones de euros de impacto económico, atrajo a 1,8 millones de visitantes y movilizó inversiones tecnológicas que superan los 200 millones de euros por equipo. Por su parte, SailGP se ha consolidado como el circuito profesional más rápido y mediático del mundo, con un impacto económico anual superior a 100 millones de dólares y audiencias globales que superan los 150 millones de espectadores. Ambos circuitos han convertido la competición en un banco de pruebas avanzado donde la ingeniería, la sensórica y los materiales de última generación después se trasladan a la industria marítima, energética y tecnológica.

Vela oceánica: motor económico, tecnológico y educativo

La vela oceánica representa la dimensión más extrema y humana de la navegación. Regatas como la Vendée Globe, la vuelta al mundo en solitario y sin asistencia, son un ejemplo de esta exigencia que pone a prueba materiales, sistemas y personas. Su impacto es global: la última edición alcanzó más de 350 millones de visualizaciones en las redes, 418 millones de páginas vistas en su web, cobertura televisiva en 190 países y un impacto económico estimado en 100 millones de euros en la región francesa de la Vendée.

The Ocean Race, la vuelta al mundo por equipos, ha generado en España un impacto acumulado de 500 millones de euros en el PIB, ha creado más de 8.000 puestos de trabajo, ha producido más de 200 millones de euros en retorno mediático y ha atraído a 1,6 millones de visitantes al Ocean Live Park de Alicante.

La vela oceánica ha demostrado ser también un espacio educativo de enorme potencial. El programa educativo de la Barcelona World Race, con más de 50.000 participantes, y el Barcelona World Race Ocean

Campus, con más de 60.000 inscritos, fueron iniciativas pioneras que mostraron tangiblemente hasta qué punto este deporte puede generar contenidos pedagógicos y científicos de alto valor tanto en el ámbito escolar como en el universitario. Ambos proyectos acercaron la oceanografía, la meteorología, las ciencias de la salud y la cultura marítima a miles de estudiantes y así consolidaron la vela como una herramienta capaz de integrar disciplinas y activar vocaciones científicas.



Los barcos clásicos son auténticos museos de tecnología ancestral reinterpretada en clave contemporánea y fomentan un vínculo emocional y cultural con el mar. © Christian Palau

Los barcos clásicos son auténticos museos de tecnología ancestral reinterpretada en clave contemporánea y fomentan un vínculo emocional y cultural con el mar. © Christian Palau



La vela de competición genera diseño y alta tecnología industrial. En la foto, proceso inicial de construcción de un IMOCA. © Absolute-dreamer

La vela de competición genera diseño y alta tecnología industrial. En la foto, proceso inicial de construcción de un IMOCA. © Absolute-dreamer



El potencial de aprendizaje de la vela de competición es extenso, sobre todo en la cabeza de la tecnología electrónica. En la foto, Marcel Van Triest y Anna Corbella preparan una clase para el Barcelona World Race Ocean Campus. © Santi Serrat / WeLearnBlue

El potencial de aprendizaje de la vela de competición es extenso, sobre todo en la cabeza de la tecnología electrónica. En la foto, Marcel Van Triest y Anna Corbella preparan una clase para el Barcelona World Race Ocean Campus. © Santi Serrat / WeLearnBlue

Regatas locales: impacto real en el territorio

En el ámbito local, las regatas actúan como dinamizadores económicos y culturales de primer orden. En Cataluña, las regatas de Palamós —la Christmas Race y el Optimist Trophy— generan impactos significativos para un municipio de escala media. La Christmas Race, disputada en diciembre, alcanza un impacto cercano a los 800.000 euros, mientras que el Optimist Trophy, celebrado en febrero, se acerca a los 600.000 euros. Son cifras relevantes para periodos invernales de baja actividad turística.

La experiencia del Club de Vela Ballena Alegre refuerza esta idea. Desde 2022, el club realiza estudios de impacto socioeconómico que han permitido demostrar la magnitud real de estos eventos. Los resultados sorprenden: un campeonato del mundo —como el de iQFoil celebrado en Sant Pere Pescador— puede generar impactos superiores a los 8 o 10 millones de euros, y un Mundial de Optimist puede alcanzar los 14 millones de euros. Estos datos evidencian que la vela, incluso en la escala más local, es un activo económico y social de gran valor para los territorios costeros.

Un activo para el Decenio de las Ciencias Oceánicas

La vela demuestra que el mar no es tan solo un espacio físico, sino un motor cultural, económico y tecnológico capaz de transformar territorios y proyectar futuro. Desde la innovación extrema de los grandes circuitos hasta el impacto directo de las regatas locales, la vela articula comunidad, industria y conocimiento con una precisión única. En este contexto, el Decenio de las Ciencias Oceánicas, impulsado por la Comisión Oceanográfica Intergubernamental de la UNESCO, sitúa al océano en el centro de la

agenda global: ciencia, gobernanza hídrica, transición ecológica y economía sostenible convergen para garantizar un futuro viable. La vela encarna esta visión y confirma que la economía azul no es una abstracción, sino una realidad viva que nace del mar y que define, cada vez más, el porvenir de nuestras sociedades.

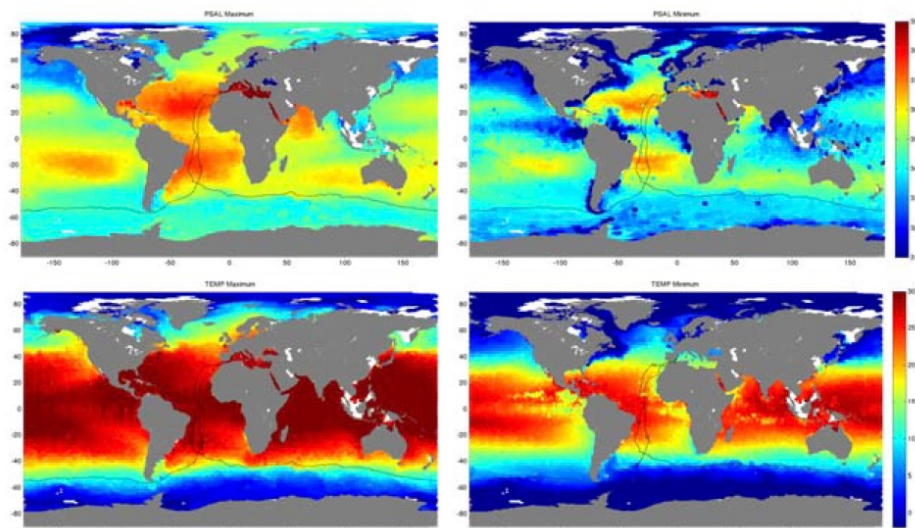


Sir Robin Knox-Johnston fue el ganador de la primera vuelta al mundo en solitario: la Sunday Times Golden Globe Race, que se celebró entre 1968 y 1969. La regata supuso un cambio de paradigma en la vela oceánica y un referente universal como reto humano. © Bill Rowntree / Knox-Johnston Archive PPL.

Un observatorio oceanográfico pionero

La Barcelona World Race abrió una vía inédita para la ciencia marina. En las ediciones de 2007 y 2010, se recogieron datos de temperatura y salinidad de la superficie del mar en zonas remotas, inaccesibles para la investigación convencional. El proyecto, liderado por Jordi Salat, oceanógrafo del Instituto de Ciencias del Mar (ICM-CSIC), demostró el potencial científico de la vela oceánica y configuró una nueva generación de plataformas de investigación oceanográfica y climática que después han seguido regatas como la Vendée Globe y The Ocean Race.

El Observatorio Oceanográfico de la Barcelona World Race involucró a la Comisión Oceanográfica Intergubernamental de la UNESCO (COI-UNESCO) y obtuvo el Premio UNESCO por el valor científico de la Barcelona World Race.



El Observatorio Oceanográfico de la Barcelona World Race impulsó experiencias pioneras en el uso de las regatas oceánicas como plataformas de investigación científica, como la obtención de datos de temperatura y salinidad de la superficie del mar. © Jordi Salat / ICM-CSIC.

Vela inclusiva: tecnología, autonomía y proyección social

La vela inclusiva es hoy una de las dimensiones más transformadoras de la maritimidad contemporánea. El caso de Dani Anglada Pich, que ha completado la vuelta a la isla de Wight en patín catalán gracias a un sistema háptico de gobierno desarrollado por él mismo, es un ejemplo excepcional de cómo la innovación puede ampliar derechos, autonomía y participación. El proyecto Yes We Sail demuestra que la tecnología aplicada a la navegación puede convertirse en una herramienta de inclusión real: permite que personas con diversidad funcional accedan a la práctica de la vela en condiciones de seguridad, dignidad e independencia. Su travesía, pionera en el ámbito internacional, evidencia que la vela es también un espacio de proyección social, de superación y creatividad tecnológica, y que forma parte de una economía azul que integra todas las capacidades humanas.



Dani Anglada, a bordo de su patín catalán en plena circunvalación de la isla de Wight. © YesWeSail